

En el trabajo intelectual del Centro sobreviven aún categorías románticas como la de la atención a los «héroes» (valga decirlo así), y una atención a la cultura escrita y a lo cultural todo y lo espiritual; el profesor valenciano representa ya típicamente la historiografía de la segunda mitad del siglo XX, la atenta a los componentes materiales y de mentalidad (actitudes, intereses, egoísmos, etcétera) de la vida de los hombres. Simplificando, podemos decir que una de las historiografías representativas de nuestra mitad del siglo es la del Centro de Estudios Históricos, y que la buena historiografía de la segunda mitad de la centuria es distinta: más «materialista» y estructural, menos puramente cultural e ideográfica. Como decimos, estamos simplificando, y en cada autor y respecto de cada uno de sus escritos tendríamos que precisar y matizar para ser justos, pero en términos globales existe una diferencia entre las dos maneras historiográficas que distinguimos.

El presente deslinde no implica juicios de valor; el progreso en el saber hace que el propio saber de hace unas décadas nos parezca inadecuado en parte, lo mismo que nosotros resultaremos inadecuados a los ojos de los historiadores que vengan detrás. Por supuesto los estudiosos del «Centro» se cuentan entre los de verdadera altura de todo el siglo XX español; personalmente incluso ya hemos dicho que deseamos de manera modesta estar identificados con ellos. Más que con Américo Castro sobre todo, o que con Menéndez Pidal, etcétera, don José Antonio enlaza con Rafael Altamira, otro hombre institucionista y de la «Junta».

A la cabeza indiscutida del Centro de Estudios Históricos estuvo siempre don Ramón Menéndez Pidal, quien mantuvo como uno de los componentes intelectuales de su obra la idea de los caracteres propios de cada pueblo, idea de la existencia de «caracteres nacionales» que constituye una herencia del romanticismo. En efecto, en *Los españoles en la Historia* tipifica los rasgos esenciales del hombre «español», y habla de cómo «cada pueblo actor de la Historia», «dada su permanente identidad», se comporta en sus actos de una manera determinada<sup>32</sup>.

El maestro coruñés insiste ciertamente en unos «caracteres hispanos» en cuanto «tendencias que con más constancia han operado... a través de todas las épocas», aunque no les reconoce inexorable «necesidad», e incluso matiza que «el que los veamos mantenidos a través de los siglos no significa que sean inmutables»; se trata pues —concluye— de «hábitos históricos»<sup>33</sup>. No obstante sus atenuaciones teóricas, tanto Menéndez Pidal como todos los autores que piensan en los caracteres nacionales tienden a operar como si ellos resultasen prácticamente establecidos, fijados por amplísimos períodos de tiempo y actuantes siempre en cuanto fundamento de los acontecimientos y las actuaciones humanas.

La «identidad» de cada comunidad nacional tiende a tenerse por «permanente», y de acuerdo con ella se interpretan sin mayor averiguación a veces los hechos y las realidades particulares; esta creencia en los caracteres nacionales disuelve la concreción empírica del acontecer y la sustituye por unas invariantes estáticas que se alejan de lo real.

Menéndez Pidal en particular parece incurrir en algún determinismo cuando indica que un pueblo en cada una de las épocas «no pudo sino realizar la conveniente acomodación de sus propias posibilidades con las perentorias exigencias de su tiempo»<sup>34</sup>; no estamos

<sup>32</sup> R. Menéndez Pidal, *Los españoles...*, *Estudio introductorio de D. Catalán*, Madrid, 1982, p. 71.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 239.

no obstante ante las limitaciones de unas «propias posibilidades» que clausurarían para siempre el horizonte de acción de los grupos humanos, y esta creencia ya decimos que encierra algún determinismo. Toda inmovilización que cualquier historiador haga caer en una colectividad nacional por cuenta de su peculiaridad permanente, tanto resulta inadecuada, empírica y científicamente, cuanto puede llegar a connotar actitudes ideológicas inmovilistas en las que ni siquiera ha pensado quien la sostiene.

## Descripción, narración, historiografía

La historiografía de don José Antonio Maravall es distinta de la que trabaja con la idea de la existencia de identidades nacionales; no resulta así nada casticista, y por ello es una historiografía bastante alejada de la de Américo Castro<sup>35</sup>. Don Américo manifestó que no creía posible la historia genérica respecto de no importa cuál comunidad de hombres, sino únicamente posible una historia nacional de grupos humanos condicionados en el hacer:

Todo ser humano se nos aparece viviendo en cuanto hombre, en y desde una vividura. Esta se hace presente en un modo y en un curso de vida, condicionados... por ciertas tendencias posibilitantes y por ciertas tendencias excluyentes, es decir, por un cierto modo de hacer y de no hacer, por acciones y por omisiones... Harto difícil es que alcancen a ser toreros eximios quienes no pertenezcan a la gente hispana.<sup>36</sup>

El determinismo fatalista de esta concepción parece indudable, y exige además un estudio particular y castizo de cada comunidad histórica: toda comunidad histórico-política posee un genio propio o «morada vital», y de él no puede escaparse en sus actuaciones concretas. Correspondientemente se piensa que no tienen lugar las categorías historiográficas universales o genéricas (feudalismo, Renacimiento, etcétera), sino que cada colectividad ha de quedar estudiada en términos de su casticismo peculiar.

Don Américo enfoca en realidad el pasado español con un casticismo pesimista, pues lo cree inmovilizado en un repertorio de posibilidades y de exclusiones, y no concibe otra historiografía adecuada que la que ahonde en este repertorio de posibles acciones y acciones imposibles por parte del pueblo español; los tipos historiográficos generales los cree insuficientes e inexpresivos para dar cuenta de todo pretérito nacional y castizo.

Maravall comentó por su parte ya desde años tempranos las publicaciones en que Américo Castro estaba empezando a exponer su interpretación del pasado español, y a este respecto hizo notar la que creía inadecuada idea inmovilizadora de la historia nacional: «La Historia no es —decía— el conocimiento de unívocos y absolutos modos de vida, no es un conocimiento de «moradas» por más o menos vitales que se las apellide. La Historia es un conocimiento de situaciones en las cuales una serie de datos se dan en particulares conexiones que difieren de un caso a otro»<sup>37</sup>. Don José Antonio subrayaba asimismo cómo Américo Castro deshistorifica realmente lo histórico, pues entiende cualquier realidad temporal en tanto la manifestación de una incambiada disposición vital, y ello en

<sup>35</sup> Cfr. por ejemplo «La morada vital hispánica y los visigodos», *Estudios de Historia del pensamiento español*, I, Madrid, 1983<sup>3</sup>, pp. 397-411, y *El mundo social de «La Celestina»*, Madrid, 1973<sup>3</sup>.

<sup>36</sup> Américo Castro, *Ensayo de historiología*, New York, 1950, pp. 12-14.

<sup>37</sup> J. A. Maravall, «La morada...», p. 403.

vez de considerarla «como resultado de una situación concreta por la que un grupo humano pasa en un momento dado y en cuya conexión se individualiza»<sup>38</sup>.

El maestro granadino se refirió de manera expresa otra vez a cuestiones historiológicas en sus *Dos ensayos*, al inicio de los cuales llama a uno de sus discrepantes (y creemos por el contexto que es a Maravall) «aturdido erudito»<sup>39</sup>; en las fechas de mitad de los años cincuenta, con el dolor de la guerra y del exilio en el alma y el cuerpo, resulta comprensible cualquier expresión reticente de don Américo hacia los estudiosos que él creía que ni le entendían ni secundaban aparentemente sus actitudes.

Lo que importa no obstante ahora es su deslinde entre «descripción», «narración» e «historiografía», concebidas en tanto las maneras adecuadas respectivamente de dar cuenta de las comunidades humanas. De los grupos llamados primitivos que constituyen «vías muertas de lo humano» y que como todo hacer «marcan el paso indefinidamente», cree nuestro autor que «una descripción de cómo existen basta para expresar la realidad de su vivir». Sin entrar en las evidentes connotaciones ideológicas que las presentes ideas pueden implicar, diremos que para don Américo y por encima de este espacio vital *describible*, «aparece la vida de tipo *narrable*», la que supone «progreso y civilización» y que es «importante» por su finalidad eficaz. En fin y junto a lo que *im-porta*

aparece lo que nos *ex-porta*,... lo contemplable... Claridad destelleante y renovable de la gran obra humana —artística, científica, filosófica, heroica, jurídico-política, literaria, moral, religiosa— ... Lo historiable, sea fenómeno individual o colectivo, expresa vida total que se afirma como vida abierta y problemática —sea como conciencia de estar existiendo, sea como respuesta clara y pensada a problemas que el existir plantea. Homero, la Revolución francesa, la expansión de los españoles por el Nuevo Mundo, Shakespeare, Hegel, Florencia y multitud de otros fenómenos humanos de análoga valía son indudablemente temas historiográficos. Además de por conocimientos, admiraciones y gratitudes, la historiografía auténtica ha de ir animada por un sentimiento de veneración.<sup>40</sup>

Américo Castro postula como vemos un estudio espiritual y minoritario del pasado: la auténtica historiografía habrá de ocuparse en su concepción de la grandes obras humanas, de lo vital en tanto un valor logrado, y ello frente a las existencias poco menos que vegetativas y mecánicas que no hacen en todas sus actuaciones sino «marcar el paso», conducirse uniforme e invariablemente.

La impronta por ejemplo de Ortega y Gasset o de Rickert la creemos evidente en el pensamiento del maestro granadino; Américo Castro parece estar llevando al límite el carácter avalorativo de las ciencias culturales tal como lo había proclamado el profesor de Heidelberg: «Habremos de caracterizar explícitamente el procedimiento individualizador histórico —decía— como un procedimiento *avalorativo*, en oposición a la ciencia natural que es una investigación encaminada a descubrir las conexiones legales o de conceptos universales, sin preocuparse lo más mínimo de los valores culturales»<sup>41</sup>.

Don Américo sólo considera propiamente historiable lo extraordinario labrado en la vida de las agrupaciones humanas, aquello «heroico» civil y culturalmente que se puede estimar y valorar y que por su propia consistencia estimable posee vigencia; lo vital logrado por la nobleza del esfuerzo —nobleza obliga—, la afirmación valiosa y trascendente en la propia existencia, constituyen el verdadero objeto historiográfico. La herencia

<sup>38</sup> Ibidem.

<sup>39</sup> Américo Castro, *Dos ensayos*, México, 1956, p. 13.

<sup>40</sup> Ibidem, todas las pp. 22-25.

<sup>41</sup> H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965, pp. 131-132.